DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat
23 de julio de 2017
Sal 12, 13.16-19 / Mt 13, 24-43

En la proclamación del evangelio hemos podido escuchar: «El Reino de los cielos...» y nos ha puesto tres ejemplos en forma de parábolas. Pienso que al hablar del Reino de los cielos, en el fondo nos ha hablado de los criterios de Dios. Me impresiona que en el caso del sembrador éste se encuentre traicionado por su enemigo y de noche éste siembre la cizaña en el mismo lugar donde ha sembrado la buena semilla, el bien. Me impresiona porque reacciona de un modo muy diferente de cómo, espontáneamente, yo haría como los criados que le propusieron arrancar la cizaña, y él en cambio deja que la vida siga su curso. Que madure. Y la razón que da es la prudencia de saber esperar y no confundir la buena espiga de la cizaña mala. Parece que no tenga prisa. Da la oportunidad del cambio.

Y he pensado en mí. Yo, de hecho, soy el campo del amo que es Dios. Dios ha depositado en mí la buena semilla. Soy consciente de que me quiere y quiere lo mejor, y me da el mejor; pero, en mí, tengo que reconocer que también convive la cizaña. Tengo el bien y el mal. Y he pensado que en nuestra sociedad también convive el bien y el mal. Debe de ser inevitable. Pero parece que Dios no tiene prisa. A su tiempo, a la hora de la cosecha, los segadores podrán separar la cizaña del grano, el bien del mal. Entonces es cuando se hará justicia. Ahora tengo la oportunidad de que con el bien pueda vencer el mal. Me deja esta oportunidad. Me sale espontáneamente: Dios no tiene prisa. Pero Dios es justo.

Esto es lo que nos ha dicho el libro de la Sabiduría: « Despliegas tu fuerza ante el que no cree en tu poder perfecto y confundes la osadía de los que lo conocen. Pero tú, dueño del poder, juzgas con moderación y nos gobiernas con mucha indulgencia, porque haces uso de tu poder cuando quieres. Actuando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano, y diste a tus hijos una buena esperanza, pues concedes el arrepentimiento a los pecadores». Sólo puedo repetir con el salmista: «Señor, eres bueno y clemente». ¡Qué más puedo decir! Debo aprender de Dios y hacer míos sus criterios.

La parábola del grano de mostaza y de la levadura en la masa nos dan las claves para mi transformación para que el bien crezca y se desarrolle en mí. Las dos comienzan con algo bien insignificante, un grano muy minúsculo, un poco de levadura, pero que al introducirlo en el corazón de la realidad es principio de lo que puede ser una gran transformación. La imagen de sembrar un grano en el propio campo y ocultar la levadura en la masa nos está hablando de interioridad. ¿Qué debo introducir dentro de mí? Pienso que la respuesta está en lo que Jesús nos enseña: introducir en nuestro vivir de cada día el amor de Dios. Dejarse apoderar del amor. Su manera de amar. Y es este amor el que me enseña a combatir el mal que hay en mí, y que hay en nuestro entorno, pero este combate no es hecho con la violencia de imponerse a toda costa. El amor de Dios no es poder que se impone con violencia, es la fuerza interior que en el combate de cada día te hace ser resistente al mal. ¡Ah! Señor, enséñame a mirar y mirarme con tus ojos.